

SAN JUAN CASIANO Y SUS MAESTROS ORIENTALES

Es para mí una alegría y un honor hablar esta noche, en esta venerable iglesia de San Víctor en la que se encuentran reunidos tantos recuerdos de la Marsella católica. Quisiera hoy hablaros de una figura que ilustra de manera muy particular los orígenes del cristianismo en este lugar: la de Juan Casiano, cuya tumba se halla en esta misma iglesia, y que fue el fundador de esta abadía de San Víctor que ha desempeñado un papel tan importante en la historia cristiana de Marsella. Ciertamente no tengo la intención de tratar acerca de todo lo que concierne a Casiano. Lo que quisiera mostrar es cómo él ha sido el intermediario entre el gran movimiento espiritual que conmovió todo el Oriente en el siglo IV y la Provenza cristiana de su tiempo. Pues no deja de ser bastante extraño, en efecto, pensar que ha sido por medio de este hombre, nacido probablemente en Dobrudja (actual Rumania) y que circuló por todo el mundo oriental, como llegó hasta nuestras tierras lo mejor de la tradición espiritual de los monjes orientales e inspiró el movimiento monástico en Galia, mucho antes de San Benito, mucho antes de los grandes desarrollos de los siglos VI y VII.

Lo que hoy quisiera mostrar es cómo Casiano, en el curso de los viajes que hizo al Oriente, se puso sucesivamente en contacto con los grandes centros de la vida espiritual en esas regiones.

Bien sabéis, en efecto, que en el siglo IV de nuestra era, contemporáneamente a la paz de la Iglesia, aparece a través de todo el Oriente mediterráneo una extraordinaria ola mística, comparable a lo que será en el siglo XII la corriente que, con San Bernardo, colmará los monasterios cistercienses. Vemos así en el Oriente cristiano, desde Egipto hasta Siria y desde la Capadocia hasta la

Conferencia dada en Saint-Victor de Marsella el 2 de marzo de 1967, cuyo texto —desgrabado y ligeramente retocado para salvar algunas imperfecciones del estilo oral— ha sido publicado por primera vez en *Bulletin des Amis du Cardinal Daniélou* n° 15, mayo 1989, editado en París por la Société des Amis du Cardinal Daniélou. Trad. Dra. Mercedes Bergadá.

Anatolia, surgir por todas partes centros monásticos de muy diversas modalidades. Enseguida nos referiremos a ello. Y es esta inmensa corriente, esta inmensa ola monástica la que, a través de Casiano, ha llegado hasta nosotros y ha marcado a comienzos del siglo V, partiendo de Marsella, el movimiento monástico en Galia.

Casiano, pues, según parece probable nació en Dobrudja. Los eruditos discuten acerca de esto, pero lo creen así dos grandes especialistas: O. Chadwick, de Cambridge, y H.-I. Marrou, de París. Muy poco es lo que sabemos de sus orígenes. Atraído por la vida monástica, a edad bastante temprana hizo una primera estadía en Palestina y fue en Belén donde realizó su primera experiencia de vida monástica. Lo cual no debe asombrarnos ya que a partir del momento en que Santa Elena, la madre de Constantino, descubrió, a comienzos del siglo IV, las reliquias de la Vera Cruz, Jerusalén se había convertido, junto con todo el resto de Palestina, en un lugar de peregrinación y de atracción para el mundo entero. En esa misma época vemos llegar de Occidente a un Jerónimo que se instala en Belén; a un Rufino, que se establece en Jerusalén; a una peregrina española, Eteria, que visita todos los lugares donde se habían conservado recuerdos del Antiguo y del Nuevo Testamento, y que nos ha dejado un diario de viaje sumamente pintoresco. No es pues sorprendente ver al joven Casiano, atraído por la vida monástica, trasladándose primeramente a Palestina. ¿Qué iba a encontrar allí?

Cuando se habla de los orígenes del monaquismo, muy a menudo se piensa que es un fenómeno que se ha desarrollado a partir del siglo IV, lo cual es inexacto ya que, en realidad, la existencia de ascetas, por una parte, y de vírgenes, por otra, que se retiraban del mundo para vivir, en pequeños grupos, una vida consagrada por entero a Dios, remonta a los orígenes mismos del cristianismo. En Palestina, en particular, hubo muy pronto en las comunidades judeo-cristianas grupos de esta índole, cuya existencia nos es atestiguada por los más antiguos documentos cristianos, tales como la *Didajé* o *Doctrina de los Apóstoles* y otros testimonios muy antiguos.

Incluso hemos de remontarnos aún más arriba. Uno de los descubrimientos arqueológicos más extraordinarios de nuestro tiempo nos ha revelado efectivamente, la existencia de un monasterio judío, al borde del Mar Muerto, en el que vivieron en los años próximos a los comienzos de la era cristiana monjes judíos que lle-

vaban ya una vida de obediencia, de pobreza y de castidad. Esto abre una perspectiva extraordinaria sobre los orígenes del espíritu monástico, que se remontaría así al judaísmo contemporáneo de Cristo.

Un autor reciente, Matthew Black, ha explicado de una manera verdaderamente esclarecedora cómo pudo, en el interior de ese mundo judío donde sabemos hasta qué punto era exaltada la familia, aparecer un ideal de vida célibe totalmente consagrada a Dios. Este autor mostró que había que vincular este fenómeno a una institución que nos es conocida en el Antiguo Testamento: la guerra santa. Antes de ir al combate los soldados israelitas, soldados de Dios, observaban la castidad para consagrar en cierto modo su vida y alcanzar que los combates fuesen verdaderamente combates de Dios. Esto aparece en particular en el gran movimiento de los Macabeos que, en el siglo II a.C., manifiesta en el pueblo de Israel una renovación de la *militia Dei*, la vida militar al servicio de Dios.

Y así, cuando las guerras santas terminaron, los herederos de esos guerreros israelitas siguieron llevando esa vida consagrada a Dios. Pero ya no se trataba entonces de una lucha militar contra los pueblos enemigos de Israel. Al combate temporal se sustituía el combate espiritual. En este nuevo contexto, era preciso que las almas se consagrasen totalmente al servicio de Dios para librar en el campo de la oración, en el campo de la ascesis, esos grandes combates en los que está en juego la salvación del mundo. Esta idea del combate espiritual, esta idea de que, como lo decía un viejo monje, uno se va al desierto no para encontrar la paz sino, por el contrario, para encontrar la guerra, vale decir para enfrentar a las fuerzas del mal en los combates de la santidad, será una de las grandes ideas del monaquismo primitivo. Todos conocen la vida de San Antonio, el primer ermitaño: consistió —y son estas las famosas tentaciones— en luchar contra el demonio, contra las fuerzas del mal, mediante la oración y la ascesis vividas en la soledad.

El origen remoto del movimiento monástico ya se encuentra, pues —cosa extraordinaria— en el medio ambiente judío, y precisamente en ese desierto de Judá, entre el Mar Muerto y Belén, donde Casiano vendrá a su vez a instalarse a fines del siglo IV. Podemos pensar que hay una continuidad ininterrumpida desde las comunidades judías que existían inmediatamente antes de Cristo hasta las comunidades cristianas del siglo IV, pasando por las co-

comunidades judeo-cristianas cuyos vestigios encontramos hoy, como lo diremos más adelante. En otras palabras, ha habido pequeñas comunidades monásticas en ese desierto de Judá prácticamente desde los orígenes del cristianismo.

Lo que Casiano va a encontrar en primer término, es el monaquismo bajo sus formas más arcaicas y asimismo más simples. Ningún gran reformador había intervenido en esas comunidades. Casiano encontrará más tarde en Egipto, con Evagrio, la tradición de Orígenes; en Constantinopla, con Crisóstomo, la de los Capadocios. Pero su primer contacto fue con esa vida de consagración total a Dios en su forma más simple, en esas pequeñísimas comunidades en las que los monjes vivían esencialmente una vida de oración, de alabanza de Dios por el canto del Oficio —al que Casiano dará una importancia muy grande en las comunidades que fundará más tarde—, de ascesis, por supuesto, y de penitencia. Y todo eso asociado a la idea, que viene ya del Antiguo Testamento, de que el desierto es el lugar del encuentro con Dios. Era en el desierto del Éxodo donde el pueblo de Israel había hecho alianza con Yahve. Más tarde, es en el desierto, a la orilla del Mar Muerto, donde Juan Bautista —que es una de las grandes figuras ejemplares de la ascesis y de la santidad cristianas— se retira para llevar una vida penitente. Y era en ese mismo desierto de Paléstina donde algunas pequeñas comunidades habían sobrevivido. En ellas encontró Casiano la ascesis cristiana en su forma primitiva, en su forma verdaderamente evangélica. Es la respuesta al llamado que Cristo dirige al joven rico: *Si quieres ser mi discípulo, ...vende todo lo que tienes...*¹. Es el asentimiento al consejo dado por San Pablo cuando dice: *No tengo (sobre esto) precepto del Señor, pero si queréis conocer mi parecer, es bueno que el que quiere consagrarse totalmente a Dios, lo haga*², exaltando así la total consagración al Señor en la virginidad o el celibato. Hay en esto una tradición que se remonta a la enseñanza misma de Cristo y del Nuevo Testamento y que, fuera de toda duda, se había continuado siempre, muy particularmente en el ambiente palestino. Continuación de la que casi hemos perdido la huella, porque son pocos los testimonios literarios que nos ilustran acerca de estas pequeñas comunidades palestinas. Pero desde hace algunos años las excavaciones nos ayudan a descubrirlas. En particular los franciscanos italianos de

1. Mt 19, 21

2. Cf. 1Co 7, 25

Jerusalén, el P. Bagatti y el P. Testa, han encontrado santuarios muy antiguos, grutas en las cuales se realizaban asambleas de oración, con *grafitti* en sus paredes que describen de modo sorprendente las etapas de la ascensión del alma. Todo eso nos aclara algo de lo que fue esta continuidad hasta el siglo IV de un monaquismo primitivo en el ambiente palestino.

Poco es lo que sabemos acerca de esta primera experiencia de Casiano. Pero sabemos que su primer contacto con el monaquismo fue en un cenobio, es decir en una comunidad de algunos monjes que vivían juntos, como las lauras que se siguen encontrando en Palestina en los siglos siguientes. Estas lauras no se vinculan con ninguna de las grandes corrientes del monaquismo. Aparecen como la continuación de las pequeñas comunidades monásticas de Palestina que parecen no haber dejado nunca de existir. Tal fue, pues, el primer tipo de vida monástica que encontró Casiano.

Pareciera que la estadía de Casiano en Belén puede datarse alrededor del año 380. Algo más tarde, hacia el 385, abandona la Palestina para dirigirse a Egipto. Lo cual también resulta muy explicable, ya que Egipto era por entonces el principal foco de renovación monástica. Esta renovación había tenido allí dos grandes iniciadores. Uno de ellos, Pacomio, había fundado sobre el alto Nilo enormes comunidades de monjes, que parecen haber sido verdaderos falansterios en los que vivían centenares de monjes y donde todos los servicios económicos estaban organizados. El otro, Antonio, hijo de paisanos de buena posición económica de la región de Memfis, había dejado su casa, hacia fines del siglo III, y luego su pueblo, para retirarse al desierto, al este del Nilo, e internarse en él cada vez más lejos. Allí había sido el primero que llevó una vida de ermitaño, en soledad absoluta. Pacomio y Antonio son figuras emblemáticas de los dos grandes tipos de vida monástica de esa época: el cenobitismo, que concierne a los monjes que viven en comunidad, y el eremitismo, propio de los monjes que viven como solitarios.

Antonio se internó en el gran desierto hacia fines del siglo III. Pero vivió hasta edad muy avanzada. Poco después de su muerte su amigo Atanasio, el gran obispo de Alejandría, escribió su vida. Tenemos ahí un testimonio de excepcional autenticidad. Esta *Vida de Antonio* por San Atanasio fue un verdadero *best seller*. Leído en todo el mundo mediterráneo inflamó los corazones de cantidad

de jóvenes en el ideal monástico. San Agustín nos refiere que dos jóvenes agentes de la policía imperial, que estaban ya próximos a contraer matrimonio, se convirtieron a la vida monástica como consecuencia de la lectura de la *Vita Antonii* que hicieron en Tréveris, sobre el Mosela, en el otro extremo del mundo romano. Lo cual prueba que pocos años después de escrita, esta obra, se leía en las guarniciones romanas de la frontera renana. Así pues, esta *Vida de Antonio* dio un impulso extraordinario a la vida eremítica; llevó a una cantidad de hombres de todo el mundo —de todo el mundo de entonces, se entiende, o sea del mundo mediterráneo— a encaminarse a Egipto para llevar allí vida eremítica, inspirándose en el ejemplo de Antonio.

Muchos ermitaños se habían radicado en el desierto de Escete, al oeste de Alejandría. Se han conservado documentos asombrosos sobre los ermitaños de este desierto: los *Apotegmas de los Padres*, que traducidos por uno de los solitarios de Port-Royal constituyeron uno de los libros de espiritualidad más apreciados en el siglo XVII. Las anécdotas que allí se leen a propósito de esos monjes —hombres muy simples, pobres paisanos coptos— son a menudo pintorescas y sabrosas; pero al mismo tiempo ponen de manifiesto una sabiduría sobrenatural, un buen sentido, una prudencia en la manera de concebir la vida espiritual, que hacen que aún hoy sean una fuente admirable de vida espiritual.

En este desierto de Escete había ido a instalarse, a fines del siglo IV, un personaje singular. Capadocio de origen, se llamaba Evagrio. Había sido ordenado diácono por San Gregorio de Nacianzo, y ordenado sacerdote por San Juan Crisóstomo. Después había atravesado, según parece, una crisis en su vocación, y luego había pasado él también por Belén, donde Melania había logrado recuperarlo (Melania era una piadosa viuda, de origen romano que se hizo monja y que se estableció en Jerusalén junto a Rufino), y finalmente había partido para Egipto.

Lo que hace interesante a este personaje, que tendrá una influencia decisiva sobre Casiano, es que, habiendo compartido la vida de esos humildes ermitaños, de esos paisanos coptos extremadamente sencillos, no por eso dejaba de ser un intelectual. Había estado ya en Capadocia, en contacto con los grandes teólogos de entonces: Gregorio de Nacianzo, Basilio de Cesarea, Gregorio de Nisa. Y estos lo habían iniciado en la obra de la más grande figura del Oriente griego del siglo II, Orígenes. Orígenes es uno de los

más grandes genios de la historia del cristianismo. Es el equivalente, para Oriente, de lo que es Agustín para Occidente. Es un espíritu extraordinariamente completo, fundador de la exégesis bíblica, teólogo genial, un poco aventurado, lo que hace que posteriormente se lo haya considerado como herético. Esta mala reputación fue obstáculo para la conservación de sus escritos que, a causa de su audacia de pensamiento, los monasterios excluyeron de sus bibliotecas. Pero era también un gran espiritual. Fue uno de los primeros en describir de manera metódica las etapas del itinerario del alma hacia Dios, poniendo muy fuertemente el acento en el combate espiritual, las pruebas por las que pasa el alma, las tentaciones que debe atravesar para llegar a liberarse de todo lo que la estorbaba en su camino hacia Dios, pero subrayando también, al término de estas pruebas, la unión del alma con Dios, que describe en su *Comentario del Cantar de los Cantares*, una de las primeras y más grandes obras maestras de la teología mística.

Ahora bien, Evagrio quedó fascinado por Orígenes e introdujo en la tradición del monaquismo egipcio, que como acabamos de decir era predominantemente de una sabiduría muy práctica, propia del paisano copto, un elemento más intelectual, más especulativo, más contemplativo, en la línea de Orígenes. Escribió cierto número de obras que, después perdidas, han sido reencontradas en el transcurso de estas últimas décadas. La más fascinante de todas, las *Centurias gnósticas*, describe de manera admirable la nostalgia de la contemplación.

Evagrio distingue tres etapas sucesivas en la vida espiritual. La primera es esencialmente práctica: consiste en desprenderse del apego a las creaturas y adquirir la libertad espiritual, que él llama *apátheia*, libertad con respecto a las pasiones. La segunda etapa es la de la *theoría physiké*, que en un vocabulario más moderno llamaríamos la vía iluminativa: la contemplación de las cosas de Dios ocupa al alma, que poco a poco va descubriendo la nada de los bienes terrestres y la primacía de los bienes espirituales. En la cumbre, el alma, enteramente purificada, sumergida totalmente en la luz de la Trinidad, alcanza la *theología*, la visión misma de la Trinidad beatísima que brilla —según él lo afirma— como un sol deslumbrante que se refleja en el alma absolutamente pacificada como en un espejo que no presenta mancha alguna y que refleja así perfectamente el esplendor divino. La orientación que Evagrio imprime a la vida espiritual es pues extremadamente contemplati-

va. Su finalidad es la visión de Dios desde esta vida, y el medio, una ascesis rigurosa. Esto anuncia en cierta medida la espiritualidad de un San Juan de la Cruz.

Ahora bien, Casiano encontró a Evagrio en el desierto de Escete. Lo frecuentó, leyó sus obras y más tarde, lo utilizará en muchas oportunidades—sin nombrarlo—, en sus propios escritos. Considerará que Evagrio es su maestro. Cosa extraordinaria, punto capital en la historia de la espiritualidad, por aquí ha pasado a la tradición del monaquismo occidental un elemento específico de esa espiritualidad alejandrina que habían elaborado primero Orígenes y luego Evagrio; elemento bastante alejado de la sabiduría romana —más moral, un poco más pedestre— que caracterizaba a la tradición latina en oposición a la tradición griega. En Casiano se opera un encuentro maravilloso entre lo que el Oriente había suscitado de más deslumbrante en el orden de la nostalgia de la contemplación, y las tradiciones de sensatez, de buen sentido, de prudencia práctica que marcan el carácter latino. En el monaquismo, en la espiritualidad de Casiano, Oriente y Occidente vienen a contraer una alianza extraordinaria.

Casiano no hace más que iniciar una primera etapa. En el siglo VI el padre de los monjes de Occidente, San Benito, que ha leído mucho a Casiano, transmitirá esta alianza sorprendente entre la sabiduría práctica y esta especie de locura contemplativa, de nostalgia, de fascinación de la visión de Dios, ese sentimiento que es la perla preciosa por la que bien vale dejar absolutamente todo para conseguirla; es la línea de fuerza de esta escuela la que sigue conmoviéndonos hoy cuando leemos a Evagrio y a Casiano y la que ha suscitado en la juventud de su tiempo ese extraordinario impulso que enviaba muchachos y chicas a los monasterios con la idea de que contemplar a Dios era en definitiva la única cosa que tenía valor en la existencia.

Pero los viajes de Casiano no se detuvieron allí. En esa época se viajaba mucho. Los monjes, en particular, siempre estaban viajando, porque, antes de fijarse definitivamente, iban a ver cómo eran las cosas en diversos lugares. Así, hacia la misma época, un San Basilio, antes de fundar el monaquismo en Capadocia, hace una gira por Siria, luego por Palestina y Egipto, para ver cómo vivían los monjes en esos diferentes países. Casiano, antes de venir definitivamente a Marsella para establecer aquí su comunidad de San Víctor, continuó viajando y enriqueciendo su experiencia con

nuevos contactos, lo cual permitió a su fundación marselesa capitalizar todas las riquezas de Oriente. La última estadía de la que tenemos noticia es la que realizó en Constantinopla, junto a San Juan Crisóstomo. ¿Por qué fue a Constantinopla? Como consecuencia de historias bastantes sombrías. Hubo en Egipto, por esta época, una violenta reacción contra el origenismo. El obispo de Alejandría, Teófilo, tío y predecesor de San Cirilo, había emprendido una verdadera persecución contra los monjes origenistas. Fue en esas circunstancias cuando Casiano, que había sido amigo de Evagrio, se vio obligado, junto con algunos otros, a dejar Egipto y trasladarse a Constantinopla. Allí San Juan Crisóstomo, aunque pertenecía a otra escuela teológica, acogió generosamente a estos monjes exiliados y les permitió establecerse en su ciudad. Y esto puso a Casiano en contacto con un tercer tipo de monaquismo: el cenobitismo tal como Basilio de Cesarea lo había instituido a fines del siglo IV en Asia Menor y en Constantinopla.

Basilio pertenecía a una familia de nueve hijos de una calidad cristiana excepcional. De los nueve hijos, cuatro son santos canonizados: Macrina, la hermana mayor; Basilio mismo, que fue obispo de Cesarea; se hermano menor Gregorio, obispo de Nisa; y por último el benjamín, Pedro, obispo de Sebaste en Armenia. Después de la muerte del jefe de la familia, su viuda se retiró con su hija Macrina y una servidora a una propiedad familiar en la que formaron una pequeña comunidad religiosa que vivió entregada a la oración. Basilio, por su lado, se encontró enfrentado a pequeñas comunidades de monjes algo anárquicas que existían en su época en Asia Menor. Confluían allí corrientes diversas. A veces, había excesos. Monjes vagabundos, los giróvagos, so pretexto de pobreza no querían tener su celda y llevaban una vida que finalmente caía en la extravagancia. Basilio sintió que era necesario dar una disciplina a ese movimiento monástico. Fundó así una pequeña comunidad a la que organizó dándole reglas muy sabias que, como reacción contra los peligros de la vida puramente solitaria, ponían el acento en la importancia de la comunidad y en la obediencia. La gran garantía para estar a salvo de la ilusión era vivir en pequeñas comunidades en las que se practica la caridad, donde la vida en común impide entregarse a extravagancias y donde se está bajo la dirección de un superior que asegura la sensatez y el orden en la vida. Estas Reglas tuvieron un éxito inmenso. Puede decirse que Basilio es el legislador del monaquismo oriental. A tra-

vés de Casiano y de San Benito, el monaquismo occidental le debe mucho.

Sin embargo, a Basilio, gran organizador, gran moralista, le faltaba un poco de inspiración mística. Pero su hermano menor Gregorio de Nisa tenía un temperamento muy diferente. Era un místico, uno de los más grandes en la historia del cristianismo. Su nombre debe ser puesto al lado de Máximo el Confesor, de Santa Teresa de Ávila, de San Juan de la Cruz. Su comentario al Cantar de los Cantares —ese libro predilecto de los grandes espirituales— y su comentario al Eclesiastés son recibidos como admirables tratados espirituales.

En el transcurso de su estadía en Constantinopla, Casiano estuvo en contacto con este monaquismo capadocio, caracterizado por la sabiduría práctica de San Basilio —comunidades no muy numerosas, pero que presentaban un carácter más organizado que los ermitaños de Egipto, con un mayor acento puesto sobre la vida común, la obediencia y la caridad fraterna—, y por la inspiración de Gregorio de Nisa. El hecho de que esta corriente haya ejercido una influencia cierta sobre Casiano solo ha podido ser establecido recientemente, con ocasión del descubrimiento que el filólogo Werner Jaeger hizo del texto completo de un tratado de Gregorio de Nisa, la *Hypotyposis*, vale decir el *Modelo*, el *Retrato ideal del monje*. Se descubrieron entonces contactos indiscutibles entre este tratado y los escritos de Casiano. Se tiene así la prueba de que Casiano ha sufrido la influencia de esta tercera corriente del monaquismo oriental, cuyos elementos más notables son, por una parte, la importancia de la vida común y en particular de la caridad fraterna vivida en la comunidad; por otra, el papel del superior, con la obediencia como gafa para evitar los errores del juicio propio, las singularidades, a veces las extravagancias a las cuales podrían dejarse llevar los ermitaños librados a su sola inspiración personal.

Después Casiano deja el Oriente, en circunstancias que siguen siendo bastante misteriosas y tiene lugar su llegada a Marsella y la fundación del monasterio de San Víctor, vale decir la implantación en la Galia del fruto de la experiencia recogida a lo largo de sus viajes por Oriente. Se ve así cómo, por una preparación providencial, el que en Marsella debía ser una de las fuentes del desarrollo de la vida monástica en Occidente, vino a resultar beneficiario de todo lo mejor que el Oriente mediterráneo había

elaborado en la búsqueda de los caminos de la perfección: la antigua tradición del monaquismo palestino, las extraordinarias realizaciones de los ermitaños de Egipto, la sensatez basiliana y la inspiración gregoriana del monaquismo capadocio. Lo que él creó en Marsella —y de lo que dan testimonio sus tratados, las *Instituciones* y las *Conferencias*— se halla enriquecido por la sustancia de esas diferentes corrientes. Así el monaquismo provenzal fue heredero de un conjunto de valores muy completo, que cada una de las diversas corrientes orientales no poseía sino en forma parcial. Cuando se sabe que Casiano fue una de las grandes fuentes de San Benito, que este desarrolló la vida monástica en Occidente, y que a partir de entonces diferentes ramas fueron injertadas en el tronco benedictino, podemos advertir en qué medida son providenciales la amplitud y la riqueza de las fuentes de inspiración de Casiano.

Marsella está destinada a ser el lazo entre Oriente y Occidente. Esto es verdad en el campo económico: en la antigüedad, Marsella ha sido uno de los lugares privilegiados de intercambio entre los mercaderes orientales y los occidentales. Y lo es también en el plano espiritual: en los primeros siglos del cristianismo, Marsella fue un lugar de encuentro entre la espiritualidad del Oriente y la del Occidente. Digamos para concluir que es de desear que Marsella siga siendo, en el plano económico y comercial, un centro próspero, y es igualmente deseable que conserve, en el plano espiritual, el recuerdo de lo que ha sido en esos tiempos antiguos, y que el amor de Dios siga floreciendo en ella en nuestra época. Esto es particularmente oportuno y urgente en nuestro mundo, donde tan a menudo tenemos la impresión de que los hombres están hasta tal punto absorbidos por sus preocupaciones materiales que se olvidan de la salvación de su alma. El gran ejemplo de estos hombres que lo dejaban todo por la contemplación de la Trinidad, y que estimaban que nada más esencial había en la vida, es un ejemplo que sigue siendo válido aun para nosotros. Y no solamente para algunos monjes, sino para todo el pueblo cristiano que debe hoy, más que nunca, dar testimonio de la primacía de Dios por encima de todas las cosas, en un mundo que con demasiada frecuencia se inclina a olvidarlo.